

» Del olvido imposible

En mi país, desde 1996 la memoria de Antígona se hace presente cada 20 de mayo, fecha que nuclea a familiares de desaparecidos y a todos aquellos que acompañan su larga lucha por la verdad, en una marcha por la avenida 18 de Julio, en mi ciudad, Montevideo.

La marcha del 20 de mayo es llamada también Marcha de los Desaparecidos, en apócope de la formulación original del grupo convocante: Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos.

Es una marcha silenciosa (no es posible decir el horror, aullido intraducible que atraviesa los cuerpos vivos que caminan portando pancartas con las fotos apagadas por el tiempo, opacadas por la injusticia).

Cuando faltan trescientos metros para que las primeras filas alcancen el lugar marcado como la meta, la multitud se detiene para escuchar. A través de los altavoces, los nombres de los desaparecidos rompen el silencio y, a cada uno, la multitud responde como una sola voz: "Presente". Desde las pancartas de los familiares, los rostros eternamente jóvenes interpelan el futuro que continuó sin ellos.

No es posible el descanso para quienes en cuarenta años no han logrado saber cómo y dónde murieron sus hijos, en qué lugar están los amados huesitos que no han podido sepultar.

El trauma que no puede ser trabajado por la memoria conserva el vigor desesperante del enigma, insiste: la repetición y la invariancia del dolor de la pérdida hacen del

dueño del recuerdo incompleto un prisionero. Con la potencia de la voz poética, Juan Gelman (2001) nos transmitió, en su inmensa obra, a través de magníficos poemas, sus intentos de tramitación del horror. Su poesía ha ayudado mucho en la identificación con la intensidad del dolor, la imposibilidad de la resignación y el rastro de lo inelaborable que surge, con tono de cansancio y entrega, en el poema "Regresos":

*Así que has vuelto.
Como si hubiera pasado nada.
Como si el campo de concentración, no.*

*Como si hace 23 años
que no escucho tu voz ni te veo.*

*Han vuelto el oso verde, tu
sobretudo larguísimo y yo
padre de entonces.*

*Hemos vuelto a tu hijar incesante
en estos hierros que nunca terminan.*

*¿Ya nunca cesarán?
Ya nunca cesarás de cesar.*

*Vuelves y vuelves
y te tengo que explicar que estás muerto.
(p. 116)*

El dolor de la pérdida se presentifica en múltiples posibilidades de figuración y prueba al límite la fortaleza psíquica de quien está obligado a repetir el intento de procesamiento ("en estos hierros que nunca terminan").

La humanidad asomó tempranamente al conocimiento de los límites de la cordu-

ra, y ese saber condujo a la elaboración de rituales de la muerte, en parte como reconocimiento de lo inevitable, y en parte como consuelo para los individuos que debían continuar viviendo. La incompreensión del sinsentido de la existencia favoreció también la creación de dioses que sostuvieran una razón de ser. La vida y la muerte se inscriben, así, en el registro de lo sagrado. El respeto por la vida y por la muerte, base de una ética de la existencia, es el más valioso constructo de la humanidad. Y la felicidad del inicio de una vida se apoya en un punto de desmentida necesario para la sobrevivencia de la especie, ya que la muerte de otros inscribe en nosotros su tañido de campana.

Para el trabajo del duelo, que implica un doble hilado del olvido (*olvidar* mi condición mortal en tanto sostengo viva la memoria del muerto), los rituales mortuorios offician como pilares auxiliares, a pesar de lo terrible que pueden ser las instancias de despedida, los largos ceremoniales, los días interminables, las agonías, las ganas de morir.

"El ritual tiene función de ligadura", dice Diana Sperling (17 de octubre de 2020). Recordar, repetir, ritualizar permiten reforzar la intrincación pulsional, la ligazón favorecida por la libido. La ligadura incierta, lo mal ligado, lo traumático que no puede ser metabolizado y cubierto, tanto en lo que atañe al funcionamiento psíquico como en la concepción del funcionamiento social, conforman lo fuera de la norma, lo que enferma o lo que determina una forma de enfermedad, individual o social.

Nosotros, psicoanalistas, sabemos de la permanente recreación de novelas inconclusas, repetitivas a la vez que originales, cada una en su particularidad y en su dimensión abarcativa, simbólica, en las que sostenemos la confusión entre sueño, recuerdo y realidad.

La tramposa memoria que enloquece, manipulada por el deseo, permite la escritura de interminables novelas que entretienen la vida con su siembra de dudas.

Las novelas neuróticas se parecen entre sí, como los seres humanos –despojados de la pretensión de ser únicos– nos parecemos. En todos y en cada uno asoman las te-

midas bestias del odio y la destructividad, así como también la posibilidad de amar a otro o a otros, a veces tanto o más que a nosotros mismos.

La novela propia, que dura lo que dura la vida, tiene muchas páginas irrelevantes, y las más interesantes son sueños de los que siempre restan dudas acerca de su inteligibilidad.

Y un contingente importantísimo de esos sueños se pierde por obra del olvido. Desaparecen como si nunca hubieran existido. Hay palabras poéticas para esas ocasiones: "Y los sueños, sueños son...", y también: "La vida es sueño" (como las de Calderón de la Barca en *La vida es sueño*). ¡Tantas veces se lamentan los sueños perdidos...!

El trauma social, en particular el producido por la persecución, prisión y tortura, así como la desaparición y muerte de seres queridos, determina una obstrucción para el ingreso de lo real acontecido en la trama de la fantasía. A diferencia de la traumática estructurante del psiquismo –consecuencia de formas particulares de integración del despertar pulsional, la sexualidad infantil y el impacto con lo inconsciente que proviene del otro y que puede configurarse en organizaciones de la fantasía y la memoria, móviles a lo largo de la vida–, el traumatismo social instala la muerte en el centro de la psiquis, condenando al sujeto a una reviviscencia ominosa permanente. La novela del trauma acontecido se resiste a la escritura psíquica, es como el dolor del hambre que desgarrar la carne, gira en torbellinos, impide el descanso, interrumpe el sueño. Grita.

La vida de los familiares de desaparecidos evoca la gesta mítica de Antígona en su icónica representación de tenacidad, piedad y entrega. Vidas largas en muchos casos, vidas impulsadas por un tesón que, movidos por la admiración, llamamos *infatigable*, pero ese término expresa sobre todo una idealización, como es posible captar en "Regresos", de Gelman (2001), aunque también podemos entender de ese poema que es una imprescindible y dolorosa responsabilidad social mantener presente el recuerdo del trauma social vivido, como

* Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

1. El poema refiere al hijo del poeta, de 20 años, secuestrado y desaparecido por la dictadura militar argentina en 1976. En 1990 se encontraron e identificaron los restos de Marcelo Gelman, quien había sido asesinado de un tiro en la nuca.



←
**El juego de las
 probabilidades**
 2007
 oscar Muñoz

han enseñado históricamente los colectivos de víctimas que han podido testificar acerca de lo acontecido.

Para que la memoria de la humanidad rescate un aprendizaje de los sucesos y colabore en la prevención de la repetición, es preciso extraer conclusiones amplias, deducir efectos y sostener relatos verídicos para las generaciones posteriores. Es sobre esa base de esperanza que la justicia determina la no prescripción de los delitos de lesa humanidad.

Por el contrario, intentar olvidar, *borrar* la memoria de la historia, implicaría desmentir la posibilidad siempre activa de que el mal –potencial humano– se organice, se colective y actúe bajo las múltiples banderas que pueden construir las razones de la fuerza, el odio y la codicia: desde la purificación de una raza, hasta la sumisión a un dios perverso creado para ser obedecido.

REFERENCIAS

- Freud, S. (1990). Duelo y melancolía. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917 [1915]).
- Gelman, J. (2001). *Valer la pena: México 1996/2000*. Buenos Aires: Planeta-Seix Barral.
- Sperling, D. (17 de octubre de 2020). *Ritual*. Trabajo presentado en el 33° Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis: Fronteras, virtual.

Calibán -
 RLP, 18(2),
 119-121
 2020

» Hacer visible nuestra humanidad

Ane Marlise Port Rodrigues*

En la clínica con niños, el tema de *olvidar-desaparecer* forma frecuentemente parte del juego.

Jugando con muñecos de paño que componen una familia, una niña inventa el personaje de una madrastra, para después hacerla desaparecer: “Ahora no está más, ¡desapareció!”. Había ocultado una muñeca detrás de algunos libros, de modo que esta ya no se veía. En la vida real, la madrastra no permitía la presencia de la niña en la casa que compartía con su pareja (el padre de la niña) y los hijos de ambos. A la niña no le caía bien su madrastra, quien no quería verla ni tener que ocuparse de ella. Entonces, de este modo, forzaba su *desaparición*. Sacar a la madrastra de su vista era como sacarla de su vida. La madrastra, por su parte, demostraba indiferencia por el sufrimiento de la niña y rechazaba toda posibilidad de cambio. El padre acataba las determinaciones de su esposa. La niña padecía esta situación de ser vuelta *invisible*, sin lugar en la casa de su padre. Mediante el pensamiento mágico propio de la infancia, del fantaseo y de los juegos, podía transformar el sufrimiento al que era sometida en un acto que dependía de su control y que tenía el poder de invertir la situación, haciendo desaparecer a la madrastra. De este modo, se olvidaba por un tiempo de su dolor.

El pensamiento mágico, con su omnipotencia, lleva a la realización de los deseos, aumentando lo que es sentido como placer y disminuyendo el displacer. Tam-

bién es una forma de lidiar con el desamparo psíquico y material. Está muy presente en las formas animistas y religiosas del pensamiento. Freud (1927/1974a) afirma que las formas más primitivas del pensar persisten toda la vida, junto con las formas más evolucionadas. El pensamiento científico es aquel que toma más en cuenta la realidad, y es fundamental su predominio para el estudio y la resolución de los desafíos que conlleva vivir en el mundo.

Las diferentes cosmovisiones –animista, religiosa o científica– se ponen en juego para cada individuo, en mayor o menor medida, según aquello que sea capaz de ponerlo a salvo de vivencias de desamparo, dolor y desesperación, o según lo que le ayude a explicar el sentido de la vida.

Se requiere de un intenso trabajo psíquico para lidiar con aquello que no podemos ser o que no podemos tener. Lidiar con las angustias de castración y de incompletud es nuestro desafío permanente.

El pensamiento mágico forma parte del proceso de desarrollo del ser humano. Persiste en distinto grado en todos nosotros y es combustible para la creación de juegos, invenciones y mitos, pero parece existir también una especie de pensamiento mágico al servicio de una lógica del mal. El mal ubicado como búsqueda de la eliminación del otro, de su transformación en cosa, sin vida subjetiva, de algo que puede ser vuelto invisible por el mero hecho de que no soportemos su presencia. Podemos inclusive vol-

* Sociedade Brasileira de Psicanálise de Porto Alegre.